

153  
LA NOVELA CINEMATOGRÁFICA  
DEL  
**HOGAR**



30 cts

BRIGITTE HELM  
ANDRÉ ROANNE  
ANDRÉ LUGUET

EDICIONES BUSTAINE

**GLORIA**

## **La Novela Cinematográfica del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 153

## **GLORIA**

Interesantísimo asunto, interpretado por la famosa artista BRIGITTE HELM y MADY BERRY, ANDRE LIGUET, ANDRE ROANNE, ROBERT NOURRY y el niño JEAN BOULANT



Producción

**PATHÉ NATHAN de H. DA COSTA**

Exclusiva de

**Importaciones Cinematográficas**

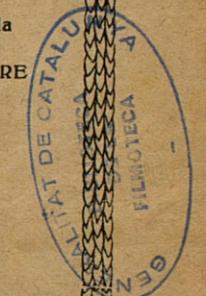
Aragón, 252

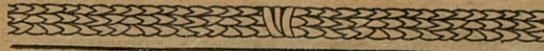
BARCELONA

Postal-regalo: ALISON LLOYD

**EDICIONES BISTAGNE**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA





# GLORIA

---

## Argumento de la película

---

El puerto de Rodas, del que salían los tritremes entre las piernas del célebre Coloso: el mesón, de donde partían las diligencias; la estación ferroviaria, de donde salen los trenes; el puerto moderno con los grandes trasatlánticos a punto de partir... Fases sucesivas de la comunicación del hombre con el espacio y baluartes de las fortificaciones que usa para luchar con las distancias. Pero tal lucha ha tomado nuevo sesgo y el avatar moderno de tales sitios destinados a iniciar o a rendir viajes, es el aeródromo.

El aeródromo con sus locales acristalados,

---

Prohibida la  
reproducción

---

con su torre faro, con sus hangares, con su campo de aterrizaje, con sus señales luminosas, con su antena de radio...

Un aeródromo es algo alegre y pintoresco, un día de sol y de calma, pero se transforma en visión dantesca cuando el cielo se ensombrece, se acumulan en el cenit pardos nubarrones y silba el viento inclinando violentamente las ramas de los árboles.

En tales momentos, se encoje el corazón de cuantas personas hay en un aeródromo. El teléfono funciona sin interrupción. No cesan las llamadas en solicitud de noticias. Se tiembla por la suerte de quienes se encuentran en el aire. Se las espera con verdadera impaciencia y la antena recoge ansiosamente las ondas que a ella llegan mezcladas con los parásitos de la tempestad y no cesa de emitir mensajes llenos de interrogantes ansiosos.

Aquel día se desencadenó la tempestad violenta y la inquietud se posó, cual pájaro agorero, sobre aquel aeródromo francés.

Pedro Latour, el as famoso de aviación, se encontraba en el aire acompañado de su mecánico Roberto, transportando el correo aéreo. Su esposa, la joven Vera, estrechaba contra su pecho a su pequeño Félix, en su casita cercana al aeródromo, y telefoneaba cada minuto solicitando noticias que no podían darle, porque se caía de ellas.

El aviador y su mecánico se encontraban en el aire luchando con los elementos desencadenados, sentados uno junto a otro, con las pa-

lancas del doble mando frente a ellos, manejadas sucesiva y alternativamente por los dos para proporcionarse indispensable descanso, y aunque atravesaban momentos trágicamente difíciles, aun les quedaba tiempo para bromear.

Y llegaron, por fin, al aeródromo, puerto de refugio que permitía el aterrizaje pese a la violencia del viento huracanado, y el pájaro mecánico tomó tierra, y los dos aviadores descendieron desentumeciendo sus piernas y dirigiéndose al guardarropa, tras de enviar recado telefónico a sus casas.

Vera se encontraba presa de angustioso pánico.

—¿Y esas ratitas, mamá? —le preguntaba su pequeño Félix.

—¿Qué ratitas, hijo?

—Las que me ofreció papá que me traería.

—Tu padre, hijo mío, se encuentra allá arriba en medio de la tempestad —le contestó la joven madre, desconsolada.

Pero sonó el timbre del teléfono y, al recibir la noticia del aterrizaje de su esposo, abrazó a su hijo, sintiendo desaparecer la horrible angustia de su corazón.

Poco después, guiaba una motocicleta el mecánico Roberto llevando a Pedro Latour, montado a horcajadas detrás. Y aun bromeaban y Pedro le golpeaba frecuentemente en la cabeza con un paquete que llevaba entre las manos.

Se detuvieron frente a la quinta de Latour, disponiéndose Roberto a continuar la marcha.

—Adiós, Roberto —le dijo Latour—. Ahora

que estamos aquí ya podemos confesarnos que hemos escapado de buena.

—Gracias a mi mascota—respondió el mecánico, sacando del bolsillo del pantalón algo muy largo.

—Pero qué es eso?

—Una media que le quité ayer a una muchacha.

—Hasta la vista.

—Escucha... Lo del domingo debes decírselo a tu mujer con habilidad, ¿eh?

Llamó Pedro a la puerta del jardín y salió corriendo el niño. El padre complaciente y cariñoso se sentó en una piedra junto a la verja de entrada y desplegó el papel que cubría aquel paquete con el que pegaba en la cabeza a Roberto. Dentro había una cajita de madera con puertas y ventanas enrejadas de alambre habitada por una pareja de ratitas blancas. El niño corrió loco de contento a enseñárselas a su madre, que recibió en sus brazos a su esposo con suprema emoción.

—¡Hoy sí que he pasado miedo!—le dijo.

—Pues ya ves que no había motivo.

—¡Y qué feliz soy teniéndote aquí entre mis brazos!

Pedro abrió la puerta de la cocina y Teresa, la cocinera gruesa, alta y majestuosa, le saludó amable.

—¿Nos has preparado algo bueno?—le preguntó el aviador.

—Una pierna de cordero, señorito.

—Que no esté demasiado asada.

Y entonces, Teresa, con orgulloso profesionalismo, contestó solemne:

—Usted, señorito, sabrá conducir aviones, pero de asar carnes, soy yo quien entiende.

—Dispensa, mujer—respondió Pedro Latour, saliendo al comedor.

Una vez allí, con disimulo, mientras Vera se encontraba de espaldas, colocó bajo su servilleta un periódico. El niño lo notó y se apresuró a advertírselo a su madre. Esta desplegó el papel leyendo...

Anunciaba para el domingo próximo, dos días después, un campeonato de acrobacia aérea y traía las fotografías de cuantos en él tomaban parte. Y, en último lugar, figuraba la fotografía de su esposo, con una nota que decía:

“El famoso “as” Pedro Latour, cuando ya iba olvidándose su nombre tras de siete años consagrados exclusivamente al servicio aeropostal, tomará parte en este torneo despertando una general expectación”.

—Pedro—le dijo Vera a su esposo en tono de reproche—. ¿Es cierto que vas a tomar parte?

—Ya lo creo. Hay treinta mil francos de premio.

—Escúchame—le dijo ella mimosa—. Nada nos falta para vivir... y yo sufriré mucho viéndote allá arriba... en tan arriesgados ejercicios... y pensando que...

—Si hiciese caso de tu miedo, debería renunciar a la gloria, al dinero...

El niño se marchó a la cocina y los dos es-

posos quedaron disputando. A través de la puerta cerrada, se escuchaban sus gritos.

—Ya están—exclamó Teresa.

—Mis ratitas no deben estar casadas—dijo el niño.

—¿Por qué?—preguntó la criada.

—Porque no se pelean.

\* \* \*

Siguió la disputa.

—Hazlo por mí y por el pequeño.

—El día que te encontré en tu pueblo de salvajes... más me valiera haberme estrellado contra el suelo.

—¡Pero, Pedro!...

Y Pedro se marchó a su habitación, donde contempló los gloriosos trofeos antaño ganados.

—He aquí—se dijo— quién era yo hace siete años, antes de casarme. Todo el mundo hablaba de mí... y ahora... conductor de taxis aéreos.

—¿Por qué no quieres que papá haga “loopings”?—preguntaba a su madre el pequeño Félix.

—Porque es muy peligroso.

—¡Pero si papá es un “as”!—argüía el niño.

Pedro acabó por marcharse sin comer al café.

Allí se lamentó:

—Cuando una mujer grita... puede uno gri-

tar más!... Pero, cuando le mira a uno silenciosa y con los ojos llenos de tristeza...

Se hizo de noche y ¿qué remedio? Pedro volvió a casa. Ya casi en traje de cama se dirigió a la matrimonial alcoba... y encontró su puerta cerrada por dentro. En la cama de matrimonio se encontraba acostada Vera, ella sola, despierta, esperando ver el resultado de su treta.

Pedro llamó a la puerta y ella hizo como si no hubiera oído, como si durmiera.

Y, al volverse el aviador, contempló por primera vez una cama improvisada: un colchón tendido en el suelo. Veía clara la intención de su esposa de negársele, si no quería darle gusto, si insistía en tomar parte en el concurso.

Volvió a llamar con más fuerza.

—¡Abre, Vera!—gritó.

—¿Me prometes que no volarás pasado mañana?

Pedro se sentó malhumorado. Le era muy desagradable acostarse allí, ceder. Vió en el suelo la jaula de las ratitas y se le ocurrió una idea que hizo florecer en sus labios una sonrisa burlona.

Y sacó una de las ratitas blancas y la hizo entrar en la habitación de su mujer por debajo de la puerta.

No tardó en oír un grito horrible. Vera transitó y abrió la puerta para que su esposo la librara de aquella *fiera temible*.

Y los dos esposos durmieron juntos aquella noche, pero...

¿Qué es lo que se propone una mujer y no lo consigue?

\* \* \*

Llegó el domingo, el día del concurso, y Pedro Latour se encontró en el aeródromo con su mecánico Roberto.

—¿Qué, ha ganado ella?—le preguntó con sorna.

—No—respondió Pedro—. Soy yo quien no quiere volar hoy. ¡Eso es todo!

—Vamos, que tienes miedo.

—Lo ignoro. Yo no sé lo que es eso.

Un aparato aterrizó y descendió de él Bob Deschamps, joven simpático, siempre de buen humor, conquistador terrible.

—¿Dónde demonios ha estado usted metido toda la semana?

—¡Oh, señor Director! He tenido que llevar a una muchacha rubia que está loca por mí a esconderse en un rincón en donde no hay correos ni periódicos, para que no se entere del concurso y me deje volar. Y he venido hasta sin mudarme para que no llorase.

Bob entró en el local del café lleno de gente y de animación, y acarició la barbillita de una linda camarera que intentó rechazarlo. En un extremo vió una mesa en la que solamente había sentada una persona y se dirigió allí.

—¿Está libre este sitio?—le preguntó a aquel señor que le presentaba la espalda.

—No—le respondió secamente.

—¿Espera usted a alguien?

—No; es que quiero estar solo.

Y, al decir esto, se volvió y reconoció a Bob, exclamando:

—¿Pero eres tú, Bob?

—¡Hola, Pedro!—respondió Bob reconociendo a Latour—. La última vez ganaste tú, pero ahora vengo dispuesto a vencerte.

—No me vencerás... porque no volaré.

—Pero, hombre!

—Soy casado!

—Pero me permitirás sentarme y comer?

—No comerás... aquí. Lo harás conmigo en casa. Comerás así más barato y mejor. ¿Vamos?

—Vamos... ve andando, yo voy en seguida, espera...

Y se entretuvo con la camarera guapa. Tenía que preguntarle algo y apuntarlo, y lo apuntó en un papel, apoyando éste sobre el pecho de ella, y durmiéndose en la suerte, mientras Pedro se cansaba de esperar junto a la salida, contemplándole con la sonrisa en los labios. Era aquel Bob un enamoradizo incorregible. Seguramente acabaría proponiéndole volar. Era su método seguro para hacer conquistas.

Llegaron a casa y Pedro presentó Bob a su mujer, y se sentaron a la mesa, donde el joven y atolondrado aviador continuó derrochando su ingenio.

La comida estaba exquisita y Bob, dirigiéndose a la enorme Teresa, exclamó:

—¡Oh, famosa criatura! ¿Quieres servir en

mi casa? Te daré dos francos más cada mes y permiso para tener todos los novios que quieras.

Continuó la comida y las bromas y, dirigiéndose a Vera, manifestó Bob:

—Estoy dispuesto a desenojarla a usted. La llevaré a volar y nos reconciliaremos a mil metros de altura.



*—La llevaré a volar...*

—¡Oh, yo no vuelo!—exclamó la joven poniéndose seria.

—¿Pero es posible?

—Aun no he volado, ni volaré jamás.

—No lo he podido conseguir jamás—dijo el marido.

—Yo la convenceré, como a todas. A mí no se me resiste ninguna. En cuanto conozco a una mujer, le digo: “Quiere usted que demos una vueltecita por el aire”.

—¡Y todas caen!—exclamó Pedro riendo.— ¡Es un conquistador terrible!

—Yo haré lo mismo cuando sea grande—exclamó el pequeño.

Después brindaron:

—Por su primer vuelo, señora—dijo Bob.

—Por tu victoria de mañana—dijo Pedro.

Y, después de comer, marcharon todos al aeródromo, volando Bob y contemplando desde abajo sus peligrosos ejercicios Pedro junto con su esposa y su hijo, embebidos en la gran multitud de espectadores.

Bob rizaba el rizo, entraba en barrena, volaba invertido, subía y descendía verticalmente, se dejaba caer de lado, y siempre recuperaba oportunamente el mando, despertando la admiración de todos.

—Es Bob, un amigo mío—le decía Félix a un respetable señor enhisterado que estaba al lado suyo y que le respondía:

—Tú deberías estar allá arriba.

Pedro contemplaba el vuelo emocionado, buen conocedor de su mérito, con previsión exacta, en cada momento, de cuanto había de hacer, y no pudo menos de exclarar:

—Es tonto de remate... pero vuela muy bien. Es todo un “as”.

\* \* \*

Había triunfado Bob y se celebraba un gran banquete en su honor. La larga mesa cubierta por blanco mantel sobre el que brillaba la vajilla y la cristalería, adornada con flores, se veía rodeada por incontables comensales, avadores jóvenes y alegres, señores respetables, que en todas partes se encuentran, y damas bellas y elegantes.

En la presidencia estaba sentado Bob entre los esposos Latour.

En el extremo de la mesa donde ya había poca gente, se sentó con recelo Roberto el mecánico. Era algo rudo y tosco y sus maneras respondían bien a su desgarbada figura que nada tenía de distinguida ni de aristocrática. Sus vecinos le miraban con recelo y rehuían cuidadosamente entablar con él conversación y hasta cambiar miradas.

Bob hacía beber sin tasa a Vera y se consagraba en cuerpo y alma a atenderla, ajeno a cuanto le rodeaba y como si no hubiera cerca de él más que aquella mujer.

—¿Cuándo daremos una vuelta por el aire?— insistía.

Y ella mareada por el vino y por la vanidad, al verse atendida con tanto rendimiento por el glorioso vencedor, reía como una loca.

Entretanto, Roberto, aislado y molesto, se

consolaba bebiendo y monoplizando botellas de champaña.

La orquesta llenó el ambiente de armonías y se comenzó el baile. Bob invitó a Vera y ella accedió, alejándose la pareja y perdiéndose entre las otras muchas que danzaban.

Pedro se sentía desasosegado. Era demasiada la amabilidad que desplegaba Bob con su esposa. ¡Y era tan conocido su donjuanismo! Indudablemente la estaba conquistando descarada, cínicamente, ante sus ojos. Y su inquietud era cada vez mayor, hasta hacerle trasladarse a otra silla desde la que se veía mejor a los que estaban bailando.

Allí, desde el otro lado de la mesa, un señor con toda la barba, a quien la bebida le daba indudablemente por hablar, empezó a contarle un cuento muy largo al que maldita la atención que prestaba el celoso marido. Veía a Vera entre los brazos de Bob, danza que te danza. El la apretaba ceñidamente sobre su pecho y ella reía como una loca.

Aquel señor de la barba negra insistió:

—Voy a explicarle a usted otra cosa muy graciosa que pasó en un tranvía...

Y él se levantó sin hacerle caso, dejándolo con la palabra en la boca y se acercó a los bailarines.

—Vera—le dijo a su esposa—. Tenemos que marcharnos, porque es muy tarde y tengo que reanudar el servicio.

—¡Protesto!—exclamó Bob—. ¡Hoy es fiesta!

—Pero necesito marcharme.

—Pues yo no suelto a mi pareja.

—¿Te quieres tú quedar? —le preguntó Pedro a Vera.

Y ella, sin comprender los celos de su esposo, tan divertida como estaba, respondió afirmativamente, con movimientos de cabeza.

—¿Lo ves, hombre? ¡Vete tú si quieras y déjala bailar! —dijo Bob.



*—Tenemos que marcharnos...*

Y Pedro se marchó muy disgustado solicitado por los imperativos del deber.

Pero, cuando iba a salir del salón, allí en la punta de la mesa se encontró a su mecánico Roberto, completamente borracho.

—Vístete en seguida —le dijo—. Salimos dentro de una hora.

—No me vengas con cuentos —contestó el mecánico—. Puedes decir que estoy enfermo y que vaya otro en mi lugar.

—Pero, hombre...

—Si ahora comienza lo bueno... Cualquier día me pongo yo ahora a llenar sacos de correspondencia.

—Haz lo que quieras. Yo vuelo.

—Tú vuelas... yo bebo... yo volo... tú *volas...* yo *babo...* — se quedó conjugando alegramente Roberto, mientras Pedro marchaba a disponer su aparato.

\* \* \*

Mientras Roberto, tras de acaparar dos botellas, había cogido por su cuenta una fuente de nata y se pasaba dos horas llenando su plato con interminables cucharadas, mirado recelosamente por quienes se sentaban cerca, fué interrumpido el baile porque un señor completamente solemne debía llenar la protocolaria obligación de pronunciar un discurso ofreciendo el banquete al triunfador.

Este se encontraba al lado de Vera frente a aquel señor tan serio que tosía y hojeaba unos papeles y que comenzó a hablar diciendo:

—En un día tan solemne como el de hoy, no puedo abstenerme de evocar personajes mitológicos...

Todos lo tomaban a broma, deseosos de que

terminase aquella lata, y el señor respetable siguió así:

—... personajes mitológicos que huyen de la tierra para elevarse en el espacio... en el brillante cielo azul y libre.

Tosió otra vez aquel caballero y luego leyó en los papeles que levaba en las manos:

—Representémonos a la raza caballar...



—En un día tan solemne como el de hoy...

Ante aquella salida se dejó oír un pequeño murmullo y el orador rectificó:

—Dispénsemme, señoras. Me había equivocado y leía el discurso de esta mañana en la Sociedad Hípica... Representémonos a Sócrates y a Platón volviendo a la tierra y contemplando a nuestros

aviadores... que alzan su brazo... el avión rueda... en seguida despegá... y ya han desaparecido...

Pero, no pudiendo soportar la tabarra, Bob había agarrado a Vera por la mano y había tirado de ella en busca de la puerta y, al pronunciar el orador las últimas palabras, desaparecían ellos dos también.

Y vieron estallar en el aire unos cohetes descendiendo lentamente por el aire las lágrimas de fuego.

—¿Qué es eso? —preguntó Vera.

—El parque de atracciones — le respondió Bob —. Fuegos artificiales, caballitos, montañas rusas, lo más divertido... Vámonos allá.

Y se la llevó mientras que el orador continuaba:

—Hace ciento cincuenta años que los hermanos Montgolfier...

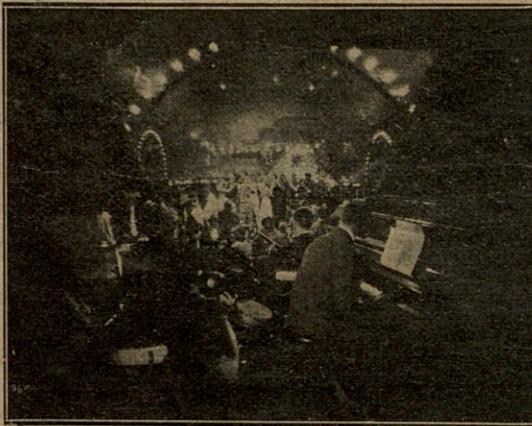
También se marchó Roberto al parque de atracciones decidido a divertirse.

Y, entre las nieblas del alcohol, montado en una de las vagonetas de las montañas rusas, pudo ver en otra a Bob y Vera enloquecidos por el vértigo, entregados al placer de dejarse deslizar sobre los ondulantes carriles.

Luego, el aviador y Vera bailaron sobre una plataforma que giraba, de manera que aunque avanzasen, permanecían en el mismo lugar siempre; y entretanto contemplaba Roberto el espectáculo sentado ante una mesa entre los alegres muchachas a las que había también emborrachado y a las que besaba en la boca, teniendo que hacer alguna excursión a buscar vino,

cogiénolo con tranquilidad de otras mesas sin pedir permiso a nadie.

Después montaron Bob y Vera en el carrusel de aeroplanos, siempre amartelados. Quizás el joven había emprendido la conquista de la esposa de su amigo, no pudiendo contener su temperamento donjuanesco. Ella se dejaba arrastrar a todas aquellas locuras inconsciente y un



*...bailaron sobre una plataforma que giraba...*

poco mareada por las excesivas copas de champagne.

Entretanto, el marido volaba solo en su avión. Ante sus ojos se presentaban allá abajo las luces que señalaban el aeródromo y él volaba muy bajo, a ras de tierra y, en el momento oportuno,

dejaba caer las sacas de correspondencia, que eran inmediatamente recogidas.

Más tarde clareó y ya no se guiaba por las luces, distinguiendo bajo sus pies las estaciones de destino y arrojando las sacas sin la ayuda de nadie, abandonado por Roberto, que no había querido él substituir por otro, atendiendo a la vez a la maniobra y a la palanca de mando.

\* \* \*

Tras de divertirse mucho, completamente alocada y casi inconsciente, al mismo tiempo que dominada por un cansancio atroz, se vió de repente Vera, descendiendo de un auto, junto a Bob.

—¿Qué hora es?—le preguntó.

—Las dos y media—dijo el joven.

—Y adónde me ha traído usted?

—A saludar a este querido aparato que me ha hecho ganar la copa.

Efectivamente, se encontraban frente al avión.

—Es bonito.

—¡Admirable! Y este otro, ¿quiere verlo por dentro? Un momento nada más... ¡Se está tan bien sentado en él!... Sin compromiso, pruebe. ¿Tiene frío?

Y la abrigó con su guardapolvos mientras ella sentía ganas de dormir.

—¿Quiere que demos un vuelo?... Nada más que un cuarto de hora... diez minutos... cinco minutos no más... Vamos, mujer.

Y el aeroplano rodó y despegó, mientras ella protestaba débilmente.

Vera se había quedado medio dormida, rendida de fatiga y dominada por el alcohol. Bob, maestro en tales andanzas, hizo virar rápidamente el avión y el cuerpo de ella casi cayó sobre el de él, recogiéndola entre sus brazos y acercando su boca, en busca de un beso, pero ella lo repelió severa.

Ya se había hecho completamente de día y llegó el aeroplano de Latour, terminando el servicio, tomando tierra y descendiendo el piloto.

—¿Quién está haciendo tonterías por ahí arriba?—preguntó mirando el aparato en el que volaba su mujer.

—Es Bob con una muchacha—le respondieron.

Lanzó Pedro una carcajada burlona.

—El truco de siempre: “¿Quiere usted dar una vueltecita por el aire?” Luego un viraje brusco... y no falla.

\* \* \*

—¿Qué haces tú por aquí?—le preguntó Roberto al pequeño Félix al verlo en la puerta del aeródromo.

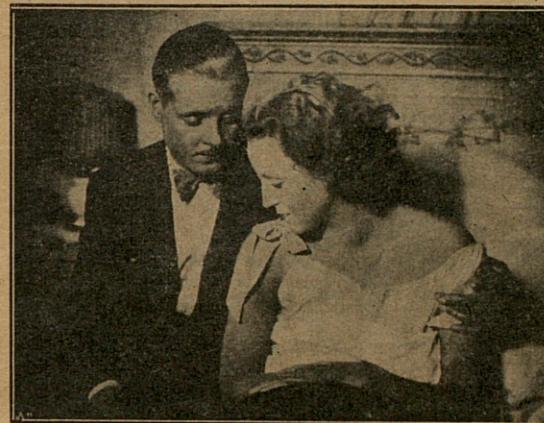
—La Teresa se ha ido a la compra y yo me he escapado.

—Ven, que tu padre no tardará en llegar.

Y, mientras el padre se encaminaba a casa, pudo ver el niño como aterrizaba otro avión y descendía de él su madre acompañada de Bob.

En aquellos momentos volvió Teresa de hacer la compra y, como distinguiera a Latour que regresaba, se asomó al dormitorio de los esposos notando con inquietud que no había regresado aún Vera.

Pedro entró en casa y se dirigió inmediatamente a la alcoba en busca de su esposa, pero la criada le cortó el paso diciéndole:



—Buenos días, perezosa...

—La señorita está durmiendo aún, pues se acostó muy tarde y estaba muy cansada.

Entretanto, llegaba Vera a casa, entraba por la puerta falsa y se metía en la cama.

Así es que, pocos momentos después, al decidirse Pedro a entrar en la alcoba, la encontró acostada y fingiendo dormir.

Poco después, fingió despertarse. Su esposo se sentó en la cama a su lado, cariñoso y conciliador.

—Buenos días, perezosa—le dijo—. Anoche confieso que estuve un poco brusco y espero que sabrás perdonarme.

Poco después, ya vestida ella, se sentaban a tomar el desayuno y el niño decía:

—Escucha, papá, mamaíta...

—Cállate, niño—le reprendió severamente la madre, temiendo alguna indiscreción—, los niños no hablan con la boca llena.

Y luego añadió, quitándole la servilleta:

—Vete a jugar. Ya has comido bastante.

Pero Pedro, extrañado, lo retuvo, acariciándolo.

Y el niño le dijo:

—Sólo quería decirte que la mamá ha subido en el avión del señor Bob.

\* \* \*

¿De modo que eran fundadas sus sospechas de la noche anterior? ¿Que Bob había tratado de enamorar a su esposa? ¿La había hecho volar y ya conocía él el truco? Y ella ¿por qué lo había callado?

—Se me había olvidado decírtelo—balbuceó ella desconcertada leyendo en el rostro de Pedro amargos reproches.

—¿Pero tú, tú has consentido en volar con él?

—No tiene importancia.

—Ese botarate... ¡Un conquistador de criadas!

—Pero, ¿por qué te pones así?

—¡Qué vergüenza!

—Pero es un "as" que ha ganado la copa.

—¡Y eso me lo dices tú, a quien he sacrificado mi carrera!

—Cuando un hombre quiere una cosa de verdad, no hay mujer que pueda hacerle desistir.

Y Pedro salió de su casa medio loco, dirigiéndose al aeródromo.

Allí encontró a Bob, siempre sonriente, sentado en una mesa del café. Sin estrechar la mano que éste le alargó, muy serio, brillándole los ojos de ira, le increpó:

—¡Ven!

—¿Pero qué te pasa?

—¡Vamos!—ordenó imperativo.

Y salieron del café alejándose algo. Ya parados, pero aun a la vista de todos que los observaban extrañados, Pedro manifestó:

—Quiero saber lo que ha pasado esta noche entre mi mujer y tú.

—¿Qué quieres que pases? ¡Nada! Tú mujer es encantadora...

—¿Encantadora?—preguntó amenazador haciendo además de abofetear a Bob.

—¿Pero te has vuelto loco, Pedro? ¿Nos vamos a pelear aquí a la vista de todos que nos miran curiosos?

Y Pedro Latour se separó de él bramando de rabia.

\* \* \*

—¿Está listo este aparato?—preguntó Pedro ante uno magnífico que ostentaba en sus costados el nombre "Gloria".

—Ya está a punto—le contestaron— de realizar la prueba de duración.

—Yo lo pilotaré — respondió marchando al guardarropa a vestirse.

Era un magnífico avión de gran raid destinado a intentar la travesía del Atlántico, con doble mando e instalación de radio, que había cargado esencia y aceite en su mayor capacidad para realizar previamente la prueba del gran salto para el que había sido construido.

En el guardarropa encontró a Roberto que le preguntó:

—¿Adónde vamos hoy?

—Ayer me abandonaste y hoy no te necesito— le respondió malhumorado.

Luego se dirigió al aparato, se sentó ante la palanca de gobierno, fueron quitados los calzos de las ruedas y puesta en marcha la hélice, y el aparato, tras de rodar un largo trecho, despegó majestuoso.

Y pasó tiempo, mucho tiempo, y el aparato no volvía.

Vera en su casa, se desesperaba con la ausencia de su esposo, yendo a buscarlo al aeródromo, donde le dijeron que había emprendido una prueba de duración sobre circuito cerrado.

Pero pasaba el tiempo y el aparato no cerraba el circuito, ni se sabía nada de él.

Pedro continuaba sentado ante la palanca de gobierno y veía deslizarse allá abajo la tierra primera, luego el mar.

Del interior de la carlinga fué surgiendo una forma, sin que el piloto se enterase, hasta que aquella forma habló a gritos para hacerse oír.

—¿Conque querías irte sin mí, eh?

Era el mecánico Roberto que se había escondido como un vulgar polizón.

Pedro, sin decirle nada, le entregó los auriculares de la radio.

—¿Adónde vamos?—le preguntó Roberto.

Y Pedro le contestó imposible:

—A América.

La gloria a la que había renunciado por cariño a su mujer se presentaba tentadora ante sus ojos al creer en la infidelidad de ésta, y había emprendido alegremente la aventura, sin pedirle permiso a nadie, ni consultar con las estaciones de meteorología y hasta sin mecánico, él solo, para que fuese más arriesgada la empresa y la gloria mayor.

Y navegaban por el aire gloriosamente sobre el mar y sobre los trasatlánticos que contemplaban sorprendidos aquel avión que intentaba atravesar el Atlántico sin previo aviso, sin que hubiesen hablado de él los periódicos.

Y funcionaron los apartos emisores y receptores de radio y se fué aclarando el enigma y, cuando Vera se encontraba más desesperada por

carecer de todo género de noticias de su esposo, escuchó el altavoz que decía:

“—Interrumpimos nuestra emisión de discos para comunicar que un avión francés marcha camino de América con el piloto Latour y el mecánico Roberto Nourry. Han emprendido el vuelo sin prevenir a nadie y las condiciones meteorológicas poco favorables hacen temer que fracase trágicamente el intento.”

\* \* \*

Los periodistas invadieron la casa de Latour donde Vera no sabía cómo librarse de ellos y donde fotografiaban repetidas veces al pequeño Félix. También acudió allí Bob tratando de consolar a la esposa de su amigo y de infundirle confianza.

Y mientras tanto, los dos aviadores continuaban el vuelo, atentos a las mil circunstancias a las que era indispensable atender.

Roberto, que cuidaba del aparato de radio, comunicó a su compañero:

—Avisan temporales y cielo cubierto a todo alrededor. ¿Nos volvemos?

—Adelante—respondió Pedro Latour imperterritorio.

Poco después notó el piloto que el aceite carecía de presión. Debía estar roto el tubo y era indispensable componerlo. Roberto abandonó su puesto y salió valientemente al exterior, logrando reparar la avería, pero regresó con toda la

cara embadurnada de aceite, de aceite de ricino, que es el que se emplea para la lubricación de los motores de aviación.

—¡Y yo que de pequeño no había podido nunca tomar el aceite de ricino!—exclamó bromeadamente.

—¡Amigo Roberto!—exclamó Pedro afectuosamente.

—¿Por fin hablas? ¿Se te ha pasado ya la rabia? ¿Puede saberse por qué se te ha ocurrido, así de repente, hacer este viajecito? ¿Y tu mujer y tu nene? Ayer pasó toda la noche con Bob... en el banquete y luego en las montañas rusas... un poco alegres los dos... pero puedes estar tranquilo. No me aparté de ellos un momento.

—Es verdad lo que dices?—preguntó Pedro sintiendo que se le ensanchaba el corazón.

Pero notó una avería más importante y le dijo a su mecánico:

—Toma el mando, Roberto. Ahora me toca a mí.

Y el altavoz gritaba, llenando de angustia el pecho de Vera:

“—Se ha desencadenado una tempestad sobre el Atlántico y hace catorce horas que no se tiene noticias de los dos aviadores franceses habiéndose dado órdenes para que se proceda a su busca.”

Y Vera velaba, rojos los ojos, llena el alma de desesperación. A su lado, Bob le decía:

—Ya va a amanecer, Vera, y debe acostarse a descansar un poco.

Y ella le increpaba iracunda:

—¡Déjeme! Usted tiene la culpa de todo. El se ha marchado por culpa de usted.

Pero poco después anunciaba la emisora:

“—Los aviadores han conseguido arreglar la avería en pleno vuelo y se encuentran a poca distancia de las costas del Canadá con buen tiempo.”

Y unas horas después:

“—En este momento se encuentran volando sobre Nueva York que los recibe con gran entusiasmo.”

Y, efectivamente, Nueva York los recibía con el entusiasmo natural correspondiente a tan arriesgada aventura.

\* \* \*

Días después se encontraba el aeródromo francés abarrotado de gente y sobre él volaban incontables aparatos.

En el momento previsto, llegó, de regreso de América, el avión tripulado por nuestros dos amigos y aterrizó entre aplausos.

Vera esperaba en primer lugar teniendo a su lado al pequeño Félix. Pedro Latour desembarcó y fué aclamado. Llegó junto a su esposa y la abrazó rebosante de emoción. Despues se presentó Bob, para quien también tuvo otro abrazo.

—¿No me guardarás rencor? —le preguntó a su esposa.

—Por lo menos —le contestó ésta— podías haberme avisado.

Y emprendieron la marcha rodeados de la admiración general al son de la marcha nacional francesa.

—Teresa —le dijo Pedro a la criada—. ¡Que no esté demasiado asada la pierna!

Y ya en la mesa le dijo a Bob Deschamps:

—Por esta vez la fiesta se celebra en mi honor. Ya se te presentará ocasión, a tu vez, de triunfar.

F I N

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará. 16.—Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas  
Ediciones Especiales de L. N. S. C.,  
con éxito sin precedentes:

**El monstruo de la ciudad**

por Walter Huston, Jean Harlow, Jean  
Hersholt, etc.

**El hombre que se reña del amor**

por María Fernanda Ladrón de Guevara,  
Rafael Rivelles, etc.

**Susan Lenox**

por Greta Garbo, Clark Gable, Jean  
Hersholt, etc.

**Mercado de mujeres**

por Dita Parlo, Harry Frank, etc.

**Manos culpables**

Lionel Barrymore, Madge Evans, etc.

— y —

**La princesa se divierte**

por Martha Eggerth

---

¡Ediciones Bistagne publica  
siempre lo mejor entre lo mejor!  
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

**Ediciones Bistagne**

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

**Ediciones BISTAGNE**

Paseo de la Paz, 10 bis  
Teléfono 18881 - BARCELONA